

procura propagarla; ella es su idolo y su Dios, del mismo modo que el Dios verdadero es su enemigo, y aun puede llevar el amor del uno y el odio al otro hasta el mas ardiente fanatismo; y yo creo conocemos bastantes ejemplos.

En materia de doctrina ó Religion la indiferencia es el juicio con que se pronuncia que tal verdad, tal creencia es indiferente para la salud, ó que hay libertad para admitirla ó desecharla. El deismo en este sentido es un sistema de indiferencia, pues que á nadie puede imponer la obligacion absoluta de creer dogma alguno, sea el que fuere. Todas las acciones que no se comprenden bajo la nocion de obligacion ó deber son indiferentes; otro tanto sucede á las opiniones, y la fe es el deber ó la obligacion del espíritu. El que destruye la fe como deber, establece la indiferencia, sea cual fuere su creencia personal; porque niega la verdad en el concepto de ley. Rousseau creia en Dios, en una vida futura,

en la cual los malos habian de ser castigados y recompensados los buenos; pero no pensaba que todos los hombres estuviesen obligados á admitir estas verdades, que eran evidentes para su razon particular, pues que despues de haberlas establecido con mucha fuerza añade: « Nada hay verdaderamente esencial mas que las obligaciones de la moral ». ¿No es esto lo mismo que decir: « Creed lo que querais con tal que obreis bien; » ó en otros términos: « La fe es indiferente, solo la moral no lo es? »

Es muy extraño que sea necesario explicar cosas tan claras, y definir palabras cuyo sentido era claramente fijo y terminante hace mas de ciento y cincuenta años. En tiempo de Luis XIV los autores católicos y protestantes, Bossuet y Jurieu hablaban de la indiferencia de religiones, y al parecer se entendian. Entonces como ahora

habia hombres empeñados por sistema en sostener que todas las religiones son indiferentes, ó que cada uno puede salvarse en la suya. Habia otros que trasladando este error monstruoso al seno mismo del Cristianismo, declaraban que se podia indiferentemente desechar ó admitir muchos de los dogmas revelados. He aquí la indiferencia dogmática; y hasta tanto que los deistas hayan adoptado un símbolo del que no sea permitido separarse, yo no sé como puedan defenderse probando no son una secta de indiferentes.

Nos proponemos tratar con alguna extension en la cuarta parte de esta obra la cuestion de la tolerancia. Entre tanto para responder á la reconvencion que se nos ha hecho de ser intolerantes, suplicamos á aquellos que tanta prisa se dan para acusarnos, expliquen su acusacion. ¿Qué quieren decir? ¿Que predicamos la persecucion? Esto es falsísimo, y ellos lo saben bien. Citen nuestras palabras, y ellas solas bastarán para

justificarnos completamente. Nadie puede estar mas convencido que nosotros de que la violencia no es un medio para atraer los hombres á la verdad. El miedo hace hipócritas y algunas veces rebeldes: la dulzura y la persuasion son las únicas que pueden hacer cristianos. Dejando á los gobiernos jueces de las medidas que el interes público les ordena tomar contra las sectas de fanáticos que se escudasen con la Religion para ser facciosos impunemente, no olvidaremos jamas que, extraño como sacerdote á estas consideraciones de pura política, nuestro deber, es la caridad, y nuestro modelo aquel *que no acababa de romper la caña ya cascada, ni apagaba la mecha que todavía humeaba*¹.

Si se quiere decir que miramos como incompatibles la verdad y el error, que creemos necesario admitir uno de los dos y desechar el otro,

¹ *Calamum quassatum non conteret, et linum fumigans non extinguet. ISAÍ. XLIII, 3.*

que sostenemos que existen obligaciones para el espíritu del mismo modo que para el corazón, y que estas obligaciones forman ó son parte de la única Religión verdadera fuera de la cual no puede salvarse el hombre, no hay cosa mas cierta. Esto significa simple y sencillamente que somos católicos, y no indiferentes en materia de religión, lo que era á mi parecer muy fácil de presumir, y lo que no ha debido sorprender á nadie en el autor de un libro, cuyo único objeto es combatir este género de indiferencia.

Nosotros, pues, lo declaramos sin dificultad: sí; somos intolerantes, no en cuanto á las personas, sino para las doctrinas. Jamas conveniremos en que creencias opuestas sean á un mismo tiempo verdaderas; que dos hombres de los cuales el uno niega lo que el otro afirma tengan ambos razón; que sea lo mismo creer en Dios que negar su existencia; esperar una vida futura ó no aguardar mas que la nada, adorar á

Jesucristo ó á Vishnú; obedecer al Evangelio ó al Alcoran. Aun cuando tuviese la desgracia de no tener religión, no podría todavía consentir en descender á este exceso de insensatez y necesidad: nos sería imposible sofocar hasta tal punto los remordimientos del buen sentido.

Por lo demas es muy digno de notarse que habiendo atacado por el raciocinio todos los sistemas de irreligión, no se nos haya respondido sino con decir: «¿Por qué nos atacais? ¿á qué viene turbar nuestro reposo? ¿Por qué no cesar que nosotros podemos, como todo el mundo, tener razón, y que despues de todo nada importa que nos engañemos? ¿Quiere decir esto que hay verdades y errores? ¿acaso, que todas las religiones no son verdaderas? ¿tal vez que no son todas falsas? ¿De qué sirve inquietar los espíritus y alarmar las conciencias? Dejad á cada uno en su persuasión, contentándoos con insinuarle que es una tontería.

« Decid á los cristianos y á los judíos que deben
 « avenirse mutuamente y convenir, los cristianos
 « en que es una obligacion blasfemar de Jesu-
 « cristo, los judíos que es un deber adorarle.
 « He aquí la verdadera sabiduría; y os mostrais
 « un intolerante pretendiendo que el Sí y el No,
 « acerca de un mismo objeto, son contradicto-
 « rios. »

Los protestantes nos han honrado, entrando con nosotros en una discusion un poco mas profunda sobre los puntos que particularmente les conciernen. Un ministro de Nismes ha publicado contra nosotros un libro¹, en el que se advierte desde el principio hasta el fin una excelente y muy buena voluntad de respondernos. El autor se muestra lleno de celo por la Reforma, y no es

¹ *Observations sur l'unité religieuse en réponse au livre de M de la Mennais, intitulé: ESSAI SUR L'INDIFFERENCE EN MATIÈRE DE RELIGION. dans la partie qui attaque le protestantisme, par J.-L.-S. Vincent, l'un des pasteurs de l'Église réformée de Nismes.*

culpa suya que la Reforma no pueda ser defendida, sin abandonar todas las ideas que hasta aquí se tenían de la Religion cristiana.

La obra de M. Vincent se compone de dos partes distintísimas. En la una repite todas las antiguas reconvencciones, las objeciones añejas, las calumnias envejecidas que se inventaron de tres siglos á esta parte contra la Iglesia católica, y que han sido refutadas mil veces. Esta parte es para el pueblo, nosotros nada hablaremos de ella. Está escrita además con tanta negligencia que el ministro confunde á Bossuet con S. Gerónimo, citando en falso una sentencia de este.* Es-

* Para hacer ver hubo un tiempo en que prevaleció el arianismo en casi toda la Iglesia, cita M. Vincent como dicho de Bossuet, este de San Gerónimo: *Se admiró el universo al verse ariano.* Es cosa sabida que Ursacio y Valens, en el concilio de Rimini, engañando la buena fe de los obispos católicos, les hicieron firmar una fórmula, no ariana, mas concebida en términos equívocos que despues interpretaron los arianos en un sentido herético. Entonces se levantó en la Iglesia un grito general; y representando el dolor, asombro é indignacion de los católicos, cuando vinieron á conocer que los enemigos de la divinidad de

te no era un inconveniente para la clase de lectores á quienes por entonces se dirigia.

En la otra parte confiesa el ministro cuanto hemos dicho acerca del estado actual del protestantismo. Mucho mas tendríamos que agradecerle, si le hubiera sido posible evitar esta confesion. Entremos en algunos pormenores.

Lo que nos habiamos propuesto principalmente probar es, que el protestantismo, dejando á cada uno dueño de creer aquello que mejor se compone con su razon, no es mas que un sistema de

Jesucristo se atrevian á representarlos como cómplices de su impiedad. fué cuando San Gerónimo dijo: *Gimió el universo, y se admiró de ser ariano. He aquí el pasage por entero: Cæperunt postea Valens et Ursacius, cæterique nequitie eorum socii (egregii videlicet Christi sacerdotes), palmas suas jactare dicentes, se filium non creaturam negasse, sed similem cæteris creaturis. Tunc usiæ nomen abolitum est. Tunc Nicæni fidei damnatio conclamata est. Ingenuit totus orbis, et arianum se esse miratus est.... Contestabantur (Episcopi catholici) corpus Domini, et quidquid in Ecclesiâ sanctum est, se nihil mali in hæc fide suspicatos. Putavimus, aiebant, sensum congruere cum verbis, nec aliud in corde clausum esse, aliud in labiis proferrî timuimus. Decepit nos bona de malis existimatio. S. HYERON. Dialog. contr. Luciferian.*

indiferencia. Esta palabra indiferencia ha chocado á M. Vincent, y no sin motivo; porque si la hemos aplicado justamente á la Reforma, es claro que la Reforma no es una religion. ¿Qué dice, pues, para justificarla? Debemos oirlo á él mismo.

« M. de la Memais ha caido en un error fundamental que reina en todo cuanto ha dicho de los protestantes, y que le hace soberanamente injusto. Confunde incesantemente la tolerancia con la indiferencia. Declara los protestantes indiferentes á toda religion, porque dejan á cada uno profesar la suya, y no se meten en condenar á los que no piensan como ellos. Yo soy tolerante con respecto á otro, pero no soy indiferente en cuanto á la creencia que yo mismo debo adoptar..... Soy tolerante respecto á las opiniones ajenas, porque estoy convencido que las opiniones son del fuero de la conciencia; que los demas están persuadidos de aque-

«llas que profesan, como yo lo estoy de las mias;
«y que yo mismo no estoy al abrigo del er-
«ror' .»

Resulta de estas últimas palabras, que el ministro no tiene ni puede tener certeza alguna de su fe. Sin embargo él espera salvarse, luego cree es posible salvarse en el seno del error. Mucho mas; no puede decir con seguridad de ninguno que está en el error, porque para esto seria necesario que él mismo estuviese cierto de poseer la verdad. De que se sigue que, cuálquiera que sea su creencia personal, no tiene derecho para juzgarla mas verdadera ó mejor que la de otro. Creencias pues, de las cuales no se puede decir con seguridad que una es mejor que la otra, son creencias indiferentes; y la *tolerancia* del ministro, que *no se mete en condenar á los que no piensan como él**, es precisamente lo que se llama

* *Observations, etc.* p. 115 y 16.

* No parece segun esta frase sino que los católicos están todos

en el idioma admitido por todos los hombres ,
la indiferencia de religiones.

Hemos hecho ver que el principio fundamental del protestantismo conducia á esta indiferencia : ¿ y no es una prueba tan singular como pública la reciente union de los calvinistas y luteranos? Los calvinistas niegan la presencia real que creen los luteranos. Unirse pues exteriormente conservando cada uno su *opinion*, ¿ no es evidentemente declarar que se puede negar ó creer la presencia real sin excluirse de la verdadera Iglesia, ó que este dogma es *indiferente* á la salud? ¿ El que no condena á los socinianos no dice lo mismo de la Trinidad, de la redencion, de las penas eternas? ¿ Y quién se atreverá hoy entre los reformados á condenar los

empeñados en *condenar* á sus hermanos errantes. Los católicos á nadie condenan; abandonan, ó dejan para Dios este juicio, porque á él solo pertenece. Solamente dicen: Hay una ley. y esta ley impone pena de muerte á aquellos que voluntariamente la quebrantan. ¿ No dicen lo mismo los protestantes con respecto á la moral?

socinianos, cuando toda Ginebra prohíbe hasta el impugnarlos*? ¿Además en esta suposición, ¿qué hay que no sea *indiferente* en la doctrina cristiana? Toda se reduce cuando más, á una fe vaga en Jesucristo y su palabra, consignada en la Escritura, cuyo único intérprete viene á ser la razón de cada uno.

No se trata de saber si tal protestante cree en

* No solo está prohibido, en la ciudad de Calvino, impugnar el socinianismo, sino que abiertamente se profesa. Es doctrina común de los ministros la enseñanza en las escuelas de teología, que de allí se difunde por todas las partes de la Europa protestante. No nos faltarian pruebas, si para un hecho tan público fueran necesarias; mas, lejos de negarlo, se glorian de ello los ministros de Ginebra; en voz alta se jactan de no ser ya cristianos. Uno de ellos, despues de haber hablado de los varios títulos de Jesucristo, y con especialidad del de Hijo de Dios, dice: « No pasemos mas adelante en tan sublime materia; contentémonos con saber, por las enseñanzas directas de la Escritura, que *el es un Ser* del rango mas distinguido. Cuidemos de no caer, como ya ha sucedido, en uno de estos dos excesos, ó mirarlo como Dios mismo, ó reducirle á la mera calidad de hombre. » (*Cours d'Études de la Religion chrétienne, par M. Isaac Salomon Anspach, pasteur et principal du collège académique de Genève.* tom. VI. Disc. 38.) Interpretando racionalmente la Escritura, destruye el mismo ministro los misterios, profecías,

tal dogma, sino si tiene derecho de obligar á nadie á creer en él como él, ó de afirmar con certeza que es necesario admitir este dogma para salvarse. Si ningun protestante tiene este derecho, ya no hay para él simbolo alguno posible; por que todo simbolo se compone de aquello que es *necesario* creer. Digasenos ahora qué viene á ser una religion sin simbolo.

Forzado á convenir en que las *opiniones* de la Reforma han variado mil veces, y continuarán variando incesantemente, no quiere el ministro que se le hable de la *unidad de la fe*²; y este hombre, cuya regla es la Escritura, impone silencio á S. Pablo, que dice con una concision tan enérgica: « Un Dios, una fe, un bautismo³; »

milagros, en fin cuanto no comprende su razón; y cuando llego á considerar donde debe conducirse este método, si algo me sorprende, es que admita Dios, y que este ciego consienta reconocer la existencia del sol.

¹ *Observations, etc.*, p. 150 y siguiente.

² *Ibid.*, p. 121.

³ *Unus Dominus, una fides, unum baptisma.* Ep. ad Eph. IV. 5.

y á Jesucristo mismo que, cercano á morir, rogaba á su Padre estableciese una perfecta unidad entre los suyos: « Sean uno, como nosotros somos uno ¹. » Mas como es necesario que el error se confunda por sí mismo, remitirémos el ministro francés á otro ministro, que en una obra publicada recientemente en Inglaterra confiesa que *la unidad es de la esencia misma del Cristianismo* ².

Luego cuando hemos probado que no hay unidad en la Reforma, con esto mismo la hemos convencido de que no es la verdadera Iglesia, pues que carece de un carácter que es esencial á esta. M. Vincent lejos de contestar alguna de nuestras pruebas, las da un nuevo valor con sus testimonios. Confiesa que no solo está desprovisto

¹ *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos.* JOAN. XVII. 11.

² « Unity is of the very essence of Christianity. » *Reflections concerning the expediency of a council of the church of England and the church of Rome being holden, etc.* By Samuel Wix. 2 edit. with additions. Londres, 1819. Pref. p. 4.

el protestantismo de unidad, sino que hasta es imposible que jamás la haya en él; y para substraerse á las consecuencias que forzosamente nacen de semejante concesión, sostiene que la unidad de fe no puede hallarse en Iglesia alguna, es decir, niega sea posible la existencia de una verdadera Iglesia y de una verdadera religion; ¡tan desesperada le parece la causa de la suya!

¡Y qué! ¿No sabe el ministro, que la Iglesia católica tiene un símbolo universal, inmutable, que todos recitamos, que todos creemos, y del cual sabemos todos no es lícito ni permitido á nadie separarse? ¿Nos negará acaso nuestra propia creencia? ¿Nos hará dudar de que hay una ley á la cual obedecemos? ¿Nos persuadirá que, no reconociendo autoridad alguna espiritual, pensamos ser árbitros para formar nuestra fe según se nos antoje? A la verdad, no se sabe qué responder cuando se oyen estas cosas;

y es un exceso de atrevimiento sin ejemplo, venir á insinuarnos que, porque en los puntos que la Iglesia no ha definido son libres las opiniones entre nosotros, lo es igualmente la fe.

El ministro no puede figurarse mas que tres medios por los cuales sea posible lisonjearse de establecer ó conservar la unidad de las opiniones religiosas : el camino de la enseñanza, el de la ignorancia, ó el de la violencia¹. « El camino de la enseñanza, » añade, « el único prudente y legítimo no puede conducir al fin propuesto; y la unidad religiosa que no tenga otra base, será siempre ilusoria cuando se la busque constante y completa. »² Luego la *unidad religiosa será siempre ilusoria* entre los protestantes, pues que para ellos no puede darse otra base que la enseñanza. ¿Y qué otra cosa hemos dicho nosotros?

¹ *Observations, etc.*, p. 8 y sig.

² *Ibid.* p. 40.

El ministro piensa que los otros dos caminos son del mismo modo insuficientes, y nosotros pensamos como él. ¿Pero quién le ha dicho que la Iglesia católica se ha esforzado constantemente á retener los pueblos en una ignorancia profunda? Ella es á quien debemos la conservacion de las ciencias y letras en Europa; ella es la que por espacio de muchos siglos, ocupándose sola en estimular y adelantar el estudio, encargaba á los primeros pastores, como una de sus primeras obligaciones, estableciesen escuelas en todas partes*. A la verdad, M. Vin-

* Para que se pueda comparar lo que con respecto á esto hacia la Iglesia católica, en los tiempos llamados de *ignorancia*, con lo que hacen en el *siglo de las luces* la política y filosofía, citaremos el texto de una disposicion del tercer concilio de Letran : « A fin de que los niños pobres, privados del auxilio de sus padres, no se vean faltos de medios para aprender á leer, y puedan seguir sus estudios, se asignará en cada Iglesia catedral, al maestro que enseña á los acólitos de aquella Iglesia, y estudiantes pobres, un beneficio competente, que le asegure subsistir, y deje abierto á sus discípulos el camino de la doctrina. Se concederá sin retribucion alguna licencia de enseñar; bajo ningun pretexto se exigirá nada de los que enseñen; y no se impedirá á

cent cuenta mas de lo que debiera con la sencillez de los suyos, cuando se atreve á hablarles de la ignorancia de la Italia en tiempo de Leon X, y de Francia en el de Luis XIV.

Lo que llama el *camino de la violencia* es lisa y llanamente la persecucion. Se muestra tan caritativo, que procura dar á entender que la deseamos con ansia. Hemos ya respondido á esta calumnia odiosa, y nos compadecemos al ver al ministro reducido á echar mano de semejantes armas. « Todos aquellos, » dice, « que han tenido

« nadie el enseñar, con tal que sea capaz y haya pedido la licencia. » *Ne pauperibus qui parentum opibus juvari non possunt, legendi et proficiendi opportunitas subtrahatur, per unam quamque Ecclesiam cathedralem magistro, qui clericos ejusdem Ecclesie, et scholares pauperes doceat, competens aliquod beneficium assignetur, quo docentis necessitas subleuetur, et discipulis via pateat ad doctrinam. Pro licentia verò docendi nullus pretium exigat; vel sub obtentu alicujus consuetudinis, ab iis qui docent aliquid querat; nec docere quempiam, petita licentia, qui sit idoneus, interdicat.* Concil. Lateran., cap. XVIII, anno 1176. Véase tambien *Concil. Vasens.* III. can. 1. anno 529. — *Narbon.* can. 11. anno 589. *Cloueshove.* II. can. 7. anno 747. — *Aquisgron.*, lib. I. c. 153. anno 816. — *Trident.*, ses. V. de Ref., c. 1.

« la manía de la unidad en la fe, despues de haber agotado los recursos de la enseñanza y los de la ignorancia, han conocido que sin la violencia todos sus esfuerzos eran vanos; y han recurrido á ella. Los paganos la emplearon primero contra los cristianos, y derramaron en suplicios atroces la sangre mas inocente y pura que jamás honró la tierra. »

Muy triste es para la Reforma que el primero que haya tenido *la manía de la unidad en la fe*.... ¿ me atreveré á decirlo despues de estas palabras?... Que el primero, repito, haya sido Jesucristo, y el segundo S. Pablo. Pero como segun parece, estos no son de aquellos que para establecerla, han derramado en suplicios atroces la sangre mas inocente y pura, á no ser la suya, es necesario hayan juzgado que además del camino de la enseñanza, el de la ignorancia y el de la violencia*, todos tres insuficientes, ha-

* *Observations, etc.*, p. 35.

bia otro para llegar al fin que se proponian. Abra el ministro el Evangelio, y encontrará en él indicado, casi en todas las páginas, este camino; allí verá que Jesucristo enseñaba al pueblo, no como los escribas y doctores de la ley, sino como teniendo autoridad: *tanquàm potestatem habens* ¹.

Sabebien el ministro, que podriamos citar muchos pasages semejantes, los conoce, y esto nos basta. Pero, ¿porqué se desentiende de este gran camino de la autoridad tan claramente expreso en la Escritura, y del cual jamas se separó la Iglesia católica? ¿Acaso es por olvido? No es posible creerlo. ¿Es tal vez, porque conociéndose demasiado débil para combatir esta poderosa autoridad, ni aun ha querido pronunciar su nombre? Al menos esto seria una prueba de buen sentido. Aunque afecte incesantemente confundir las opiniones con los dogmas, no puede ignorar

¹ MATTH. VII. 29.

que la fe de los católicos es *una*; por consiguiénte que la unidad de la fe, lejos de ser una quimera, es un hecho perpetuo y tan resplandeciente como la luz del dia; y que en fin, esta unidad se sostiene entre nosotros con el auxilio de la autoridad de la Iglesia, á quien creemos infalible, segun las promesas del Hijo de Dios, y á cuyas decisiones nos sometemos con el corazon y el espíritu, con una plena obediencia.

El ministro está de tal modo prevenido por las ideas de la Reforma, que no puede concebir la Religion cristiana bajo la nocion de sociedad. No comprendiendo, ni el poder espiritual que manda la fe, ni la fe misma que es la obediencia á este poder, no ve en los dogmas mas que *opiniones*, ni en el Cristianismo todo mas que una *ciencia*. Son muy notables sus palabras para que dejemos de citarlas. « Las indagaciones en la naturaleza, en la Escritura santa, en la historia de la Iglesia, son y permanecen, no solo permi-

« tidas, sino necesarias: y si las indagaciones
 « son permitidas, tambien es permitido, es justo,
 « es necesario admitir los resultados probados.
 « Las ciencias teológicas no pueden ya permane-
 « cer estacionarias; deben adelantar como las
 « otras ciencias, y caminar sin detencion á una
 « mayor consistencia y á una mayor pureza ».

Así las creencias, *purificándose* siempre, nada tendrán estable; variarán como las obligaciones, de año en año, de día en día, y la ley inmutable de Dios, sujeta á la razon del hombre, vendrá á ser tan inconstante como sus pensamientos y deseos. Digámoslo otra vez: damos las gracias á M. Vincent por estas confesiones.

En vano prueba á ponerlas algunas restricciones: « La teología en sí misma, dice, no deja
 « por esto de ser invariable.... el Evangelio no
 « deja de ser la palabra de Dios que no se muda;
 « pero se acerca mas á su pureza nativa; se en-

Observations, etc., p. 82.

« tiende mejor, se interpreta mejor á medida que
 « los recursos de la critica se multiplican, y que
 « los hechos se acumulan para ilustrarla y diri-
 « girla ». Sin duda que el Evangelio es siem-
 pre el Evangelio, no muda materialmente; mas,
 ¿ es acaso la Religion este libro material, ó la
 doctrina que él encierra? ¿ Y cómo, variando esta
 incesantemente, será la Religion invariable?

Pero al menos variando, dice M. Vincent, se perfeccionará. No sabemos hasta ahora que el hombre pudiese perfeccionar la ley de Dios. Pero veamos de qué modo la han perfeccionado los protestantes, con el auxilio de la interpretacion particular. Un ministro anglicano es quien va á hablar.

« Asegurando que la *Escritura santa contiene*
 « todo cuanto es necesario á la salud, de modo
 « que no se puede exigir de ningun hombre crea
 « como artículo de fe, nada de cuanto no se lee en

Observations, etc. p. 82 et 83.